

— Vaya usted en seguida. Tome uno de los coches que hay abajo y que antes de media hora esté aquí el padre Daniel. Ruéguele usted que le acompañe y sea con él muy respetuoso.

Un solemne silencio reinaba en la habitación. Florencia se dejó caer, espantada, en un sillón, y en la cama y respirando con trabajo, la vida del enfermo se extinguía poco á poco.

## XI

— Señor cura, dijo el juez, sírvase usted decirnos lo que sepa sobre el golpe que ha puesto en peligro de muerte al señor Lefrançois...

El sacerdote dirigió al magistrado una mirada dulce y tranquila y respondió con naturalidad :

— Señor juez de instrucción, no puedo responder á la pregunta que usted me hace.

— ¡Cuidado! interrumpió el juez; eso es en cierto modo declarar que está usted informado... Llamo á usted la atención sobre la gravedad de sus palabras.

— Las he pensado, señor juez, pero ruego á usted encarecidamente que no altere su verdadero sentido. Que no pueda responder no quiere decir que sepa lo ocurrido y que me niegue á revelarlo.

Hubo un momento de silencio pesado y abrumador. El juez examinaba al sacerdote y al verle

tan tranquilo, tan sencillo, tan seguro de su pensamiento y de su conciencia, buscaba el medio de hacerle hablar contra su voluntad y se preguntaba con alguna impaciencia, si podría conseguirlo. Aquel joven de cara franca y frente pura le parecía difícil de manejar. Por un lado le dominaba el interés de la justicia y el afán profesional de poner en claro aquel misterioso asunto, y por otra parte se sentía poseído de un involuntario respeto hacia aquel sacerdote que se mostraba tan recto, tan firme, y que, por una intuición secreta, conocía que no era culpable. De pronto, se volvió el juez á los que presenciaban la escena y dijo con dureza :

— Que salga todo el mundo menos el médico y el escribano.

Una vez solos y libre ya para expresarse con el interrogado, pues el médico y el escribano estaban comprometidos por el secreto profesional, el juez avanzó hacia el cura y le dijo terminantemente :

— Usted ha salido de su casa la noche última, señor cura. ¿Adónde ha ido usted?

— Á llevar los socorros de la religión á un moribundo.

— ¿Dónde?

— Á Maisoncelle.

— ¿Tiene usted testigos?

— El muchacho que me condujo.

— ¿Le acompañó á usted á la vuelta?

— No, señor juez.

— ¿Por qué?

— Porque tenía necesidad de un guía para ir á una casa desconocida, pero no para volver á la mía.

— ¿Qué hora era cuando volvió usted á su casa?

— Las tres de la madrugada, próximamente.

— ¿Á que hora salió usted de Maisoncelle?

— Á la una.

— ¿Dos horas para andar una legua!

— La noche estaba oscura.

— ¿Qué vió usted en el trayecto de Maisoncelle á Favieres?

El cura no respondió y volvió la cabeza.

— ¿No encontró usted á nadie?

El mismo silencio, pero nada de confusión ni de temor.

El juez pensó : « Lo sabe todo, es evidente. Ahora ya le tengo. ¿Pero es él quien ha herido como pretenden los sectarios imbéciles que le acusan? Es muy poco probable. Sin embargo, su situación apurada, las persecuciones de que era objeto por parte de Lefrançois y las continuas vejaciones que sufría, podrían explicar muy bien un momento de arrebató. Además, y esto no es de descuidar, estuvo en tiempos para casarse con

esta joven y entró en la religión por despecho amoroso. ¿No habrá sido un celoso rencor el móvil supremo de este crimen?

Se dirigió de nuevo al padre Daniel y le dijo como contrariado :

— Esperaba, señor cura, que me hubiera usted dado, de buena voluntad, las noticias que tiene sobre este asunto. Veo que está usted decidido á no hablar y sentiría tener que obligarle por los medios que tengo á mi disposición. Le conjuro pues á que me diga la verdad.

— Señor juez, ya he dicho cuanto tenía que decir.

— No ha dicho usted nada.

El silencio reinó de nuevo, alterado tan sólo por el lúgubre estertor del moribundo. El juez continuó :

— Tenía usted, á lo que parece, dificultades serias con el señor Lefrançois desde que llegó á este pueblo. ¿No es cierto que le perseguía á usted para cobrarle unas sumas empleadas en la construcción de una escuela?

— Sí, señor.

— Está usted amenazado, á consecuencia de ese asunto, con la venta de sus muebles y efectos...

— Sí, señor.

— ¿No ha intentado usted dulcificar las malas intenciones del señor Lefrançois?

— Toda tentativa hubiera sido inútil.

— Y si el señor Lefrançois muriera, ¿estaría usted en el caso de esmerar de su viuda un proceder más blando?

— No lo sé.

— ¿No podría usted esperar que recordase las relaciones que han existido entre los dos?

— Nada me autoriza á creer que ese recuerdo hubiera sido benévolo.

— ¿Es cierto que, hace tiempo, estuvo usted para casarse con la señorita Guepín?

El sacerdote se ruborizó y sus ojos se turbaron, pero su voz no cambió.

— Sí, dijo, todo lo que usted me pregunta es exacto, pero al tomar el hábito que llevo, arrojé lejos de mí todos esos recuerdos.

El juez miró al cura con profunda atención y le preguntó de repente.

— ¿Quiere usted jurar sobre ese crucifijo que ignora usted quién ha herido al señor Lefrançois?

Y le mostró con el dedo un Cristo que estaba suspendido sobre la cabecera del moribundo.

El sacerdote miró la imagen de su Dios, movió la cabeza y dijo en tono de resignación :

— No, señor juez, no juro eso.

— Así, pues, ¿conoce usted al asesino? preguntó con vehemencia el juez.

— Tampoco puedo responder sobre ese punto.

— ¡Señor cura, cuidado! exclamó el juez pali-  
deciendo de despecho.

— No tengo nada que temer, señor juez; he  
cumplido con mi deber.

— Entonces, señor cura, aproxímese usted, dijo  
el juez, empujando al cura hacia la cama de  
Lefrançois. Y usted, doctor, trate de reanimar á  
este desgraciado.

El médico aproximó á la nariz de Lefrançois el  
frasco que por la mañana le había resucitado y un  
ligero color se presentó en las mejillas del enfermo,  
que abrió los ojos, y dejó escapar un sordo  
gemido. Ante él, vió, mudo y sombrío, al cura de  
Favieres. ¿Qué sucedió en aquel momento  
supremo en el cerebro del moribundo? ¿Se le  
representaron, espantosas y acusadoras, todas las  
injusticias y todas las iniquidades que había come-  
tido? ¿Tuvo intención de arrepentirse y quiso  
pedir á su inocente y desgraciada víctima que le  
perdonase é implorase para él la divina miseri-  
cordia? De sus ojos brotó una lágrima que se des-  
lizó lentamente por la mejilla. Levantó una mano  
y dirigiéndola hacia el sacerdote hizo un esfuerzo  
para expresar su pensamiento. El juez, ávido de  
entenderle, se inclinó sobre el moribundo como  
para beber los sonidos en sus labios.

— ¡Hable usted, señor, hable! exclamaba.

El moribundo se levantó por un esfuerzo deses-  
perado é hizo oír esta sola palabra:

— ¡Él!... ¡Él!...

— ¿Qué quiere usted decir? ¿Le acusa usted  
como su asesino?

Una espantosa angustia se pintó en la cara de  
Lefrançois.

— ¿Conoce al asesino? continuó el juez.

El infeliz luchaba con furiosa energía contra la  
parálisis que le ataba la lengua, se puso lívido y  
repitió en tono siniestro su palabra única:

— ¡Él!... ¡Él!...

Y al mismo tiempo juntó las manos y las tendió  
hacia el sacerdote como para implorarle.

El padre Daniel avanzó un paso, miró al  
enfermo con expresión fraternal y dijo á su vez:

— Le comprendo á usted. Adivino la lucha de  
conciencia que le altera. Sé que no es para acu-  
sar, sino para implorar para lo que quiere usted  
hablarme. Leo en su cara sus angustias y voy á  
hacerlas cesar. En nombre de todos á los que  
haya usted podido hacer daño en su vida, le per-  
dono y le absuelvo. Quede usted en paz consigo  
mismo y con Dios.

En este momento pareció que el moribundo  
olvidaba todos sus sufrimientos. Su cara se trans-  
figuró con una expresión de calma y de dulzura;  
cayó suavemente en la almohada; cerró los ojos,

como si ya no quisiera ver nada de este mundo; su aliento se debilitó poco á poco, y al cabo de un cuarto de hora, durante el cual el sacerdote recitó al lado de la cama las oraciones de los agonizantes, el herido exhaló el último suspiro.

— Esto se acabó, dijo el médico.

— Que llamen á la señora de Lefrançois, ordenó el juez.

Y en seguida añadió volviéndose hacia el sacerdote:

— Señor cura, mi deber sería detener á usted, pero antes de tomar una decisión quiero conferenciar con el fiscal de la Audiencia. Dejo á usted, pues, en libertad provisional bajo la vigilancia de un agente.

— ¿Qué teme usted, señor juez? dijo el sacerdote con tranquila sonrisa, ¿que tome la fuga? Eso sería probar que era culpable y soy inocente. Hágame usted vigilar, si eso le place, pero será inútil. Espero sus órdenes.

El juez bajó la cabeza, sin decir una palabra, y en el momento en que entraba Florencia, hizo seña al escribano de que le siguiese y pasó á la habitación inmediata. La viuda y el cura se encontraron frente á frente separados por el muerto como lo habían sido en otro tiempo por el vivo. Florencia se arrodilló é hizo una corta plegaria. Después miró hacia la puerta abierta del salón desde

el cual podían verla y se aseguró de que haciéndolo en voz baja podía hablar con el cura sin ser oída.

— ¿Me oye usted? preguntó fingiendo rezar.

El padre Daniel no contestó, pero se le vió estremecerse. Su austera fisonomía se puso más triste y más grave y continuó su oración moviendo los labios sin producir un sonido. Sus ojos estaban cerrados, como para aislarse de todo lo que le rodeaba.

— Señor cura, dijo Florencia, tiene usted mi suerte entre las manos. Bastará que diga usted una palabra, para perderme. Si se calla, estoy salvada. ¿Qué arriesga usted? Poca cosa. No se le puede acusar seriamente y con gran facilidad se demostrará su inocencia, mientras que si usted deja sospechar la verdad, Bernardo y yo estamos perdidos sin remedio. Con un poco de valor y de paciencia nos evitará usted todo peligro.

El cura continuaba rezando y no respondía.

— ¿Será usted insensible á mis súplicas? continuó Florencia. ¿Tendré que apelar á sus recuerdos? No puede usted querer que yo sea tan desgraciada. ¿Ha dejado usted de ser bueno y generoso y quiere vengarse de mí? Nada más fácil. Basta con decir que ha encontrado anoche á Bernardo. Pero ambos están ustedes unidos por un afecto fraternal. Si no tiene usted piedad de mí, téngala, al menos, de él.

El cura permaneció impasible contemplando al muerto, que con los ojos abiertos parecía fijar sus pupilas inmóviles sobre el grupo que formaban los prometidos de otros días. Entonces Florencia, desesperando de obtener nada de aquel hombre que no parecía oírla siquiera, se decidió á amenazarle :

— ¡ Cuidado! dijo, está usted comprometido también y puedo aniquilarle. Puesto que así lo desea, seremos enemigos. Necesito salvarme y no retrocederé ante nada para conseguirlo. Si no es usted capaz de generosidad, séalo al menos de prudencia. De otro modo nosotros estaremos á merced de los jueces que quieren desenmascarnos y usted de los enemigos que quieren deshonrarle. ¿ Me comprende usted?

El padre Daniel acabó sus oraciones. Florencia se levantó también y, lívida de cólera, dijo al sacerdote :

— Antes de la noche comprenderá usted el interés que tiene en estar de acuerdo con nosotros.

El comisario entraba y la viuda pasó por delante de él y entró en el salón, donde el juez, el escribano y el forense estaban redactando el proceso.

— ¿ Qué proyectos tiene usted, señora? preguntó el juez. ¿ Piensa usted quedarse en Fresqueville ó volverse á Beaumont?

— Después de las exequias de mi marido me iré probablemente á Orcimont, pero hasta entonces, debo permanecer aquí.

— Está bien, señora.

El juez se inclinó y salió, pero no se llevó consigo toda su gente y Florencia observó que se quedaba un agente en el castillo. ¿ Era para vigilarla ó para servirla? Para ambas cosas, sin duda, porque el hombre fué á ofrecer sus servicios á Florencia para el caso de que tuviese alguna dificultad, y no se separó de los alrededores.

Durante aquel tiempo el comisario de policía y el agente que el juez puso á su disposición volvieron á Favières con el padre Daniel. La madre del cura, alarmada por los rumores hostiles que esparcían contra su hijo los partidarios de Lefrançois, le estaba esperando en su casa. En cuanto le vió le llevó á su cuarto y examinando silenciosamente su cara pálida y triste, esperó que juzgase oportuno darle algunas explicaciones. El cura, cuidadoso por las inquietudes de la pobre mujer, la abrazó tiernamente y dijo, sentándose á su lado :

— No te atormentes, madre mía, saldré intacto de la prueba. Esos desgraciados tratan de perderme, pero no lo conseguirán y yo los confundiré, con la ayuda de Dios.

— ¿ Pero qué quieren, en resumen?

— Ahora no se trata sino de llevar á cabo una

baja venganza comprometiéndome en los repugnantes sucesos que han cortado la vida al alcalde.

— ¿Todo ha acabado, pues, para él?

— Ha muerto á mi vista, casi en mis brazos y si hubiera podido hablar, he conocido que me hubiera pedido perdón por haberme perseguido. En el momento supremo ha conocido la verdad y ha comparado á los que él llamaba sus adictos con el que consideraba como enemigo.

— ¿Y la mujer? preguntó vacilando la madre de Daniel.

La fisonomía del cura se oscureció.

— No hablemos de esa pobre criatura. No me es permitido juzgarla. Mi divino maestro no lo hubiera hecho. Apartemos de ella nuestros pensamientos.

— ¡Oh! hijo mío, lo que me dices me llena de inquietud. Todo hay que temerlo de una mujer cuando no es buena. ¡Y ésta es tan ligera, tan frívola, tan egoísta! ¡Quiera el cielo que no tenga interés en sacrificarte á su seguridad!

— No tengo nada que temer. Mi conciencia me hace fuerte.

— No lo dudo, pero ¿de qué no serán capaces las personas infames del país!

— Son una minoría. Todo el que es honrado está conmigo.

— La honradez es tímida. Pero, en suma, ¿qué quieren?

— Obligarme á dejar Favières.

— ¡Ah! ¿Por qué no lo hicimos cuando yo lo propuse? ¡Esa mujer nos ha traído la desgracia!

El cura no respondió. No podía defender á Florencia y no quería acusarla. En el fondo de su ser reinaba una paz singular, resultado del contento y casi del orgullo. Había visto á la desgraciada á sus pies, implorándole, y comprendía que la salvación de aquella mujer dependía de él. En un instante se elevó sobre las miserias humanas y por una especie de asunción moral experimentó el puro goce de aproximarse á Dios. ¿Qué era la humanidad contemplada desde las alturas en que se cernía su alma? ¿Qué valían sus pasiones, sus ternuras y sus odios?

En aquel momento decisivo de su vida no tuvo ninguna vacilación. Juzgó que había seguido el buen camino, que es el que conduce á la paz de la conciencia, y se creyó dichoso por haber llegado, por medio de pruebas sucesivas, á purificarse y á engrandecerse.

Su serena y consoladora meditación fué interrumpida por un sordo rumor que iba agrandándose bajo sus ventanas y por una viva claridad que alumbraba las casas vecinas. El primer pen-

samiento del cura fué que se habría prendido algún incendio y acercándose á la ventana, levantó la cortina. Un clamoreo violento se elevó entonces de la calle y entre los gritos de la multitud se destacaron algunas canciones sanguinarias y feroces, verdaderos himnos del arroyo. La cortina levantada dejaba ver la pálida fisonomía del cura que miraba tristemente á aquella multitud que le insultaba sin razón y sin justicia, con la estúpida cobardía de las irresponsables muchedumbres. De la plaza salían estos gritos:

— ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Al agua! ¡Llévemosle! ¡Muera! ¡Muera!

Y los gritos, las injurias y las amenazas subían hasta aquel justo, mientras una andanada de piedras chocaba contra la casa. El sacerdote contemplaba con doloroso estupor aquel espectáculo desde la ventana y en su corazón no había ni una protesta contra la barbarie de que era víctima. Recordó á su maestro atado á la columna del templo y azotado por haber querido salvar el mundo; se juzgó menos inocente y menos torturado que él y aceptó con resignación el sacrificio. Una nueva lluvia de piedras que vino hacia la casa rompió un vidrio con ruido estridente, y uno de los fragmentos hirió la frente del cura, cuya fisonomía se inundó de sangre. Entonces el padre Daniel dejó caer la cortina, se aproximó lenta-

mente á un crucifijo y mirando al divino mártir murmuró: « Dios mío, perdónalos, que no saben lo que hacen. » En seguida se arrodilló y se puso á orar por los que acababan de insultarle y de herirle.